

SANTIAGO BLASCO

COROCOTTA
EL CÁNTABRO



algaida



Primera edición: 2017

© Santiago Blasco, 2017

© del prólogo: Miguel Ángel Revilla, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-839-8

Depósito legal: SE. 1160-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para mi hermano Marco, un formidable luchador, que al igual que Corocotta, nunca pensó en la rendición.

Como siempre, a Pilar. La mujer que prefiere situarse a mi lado en esos momentos, que de vez en cuando regala la vida. Intensos instantes que sólo se entienden al compartirlos en soledad.

PRÓLOGO

Pueblo que no conoce su historia es pueblo condenado a irrevocable muerte. Puede producir brillantes individualidades aisladas, rasgos de pasión, de genio y hasta de ingenio, pero serán como relámpagos que acrecentarán más y más la lobreguez de la noche

Las bellas y certeras palabras del recordado intelectual cántabro Marcelino Menéndez Pelayo han vuelto a mi memoria al afrontar la tarea que me encomienda Santiago Blasco para prologar esta novela, la primera que convierte en protagonista al gran héroe de Cantabria, Corocotta.

A caballo entre el mito y la leyenda, Corocotta es uno de los primeros referentes históricos del pueblo cántabro. Un guerrero valeroso y un líder reconocido en el que la historia ha personificado las Guerras Cántabras.

Fue un protagonista esencial de la encarnizada batalla que tuvo que afrontar el imperio romano para culminar la conquista de Hispania. Durante 10 años, del 29 al 19 a.C., los cántabros consiguieron impedir el avance del todopoderoso ejército romano, que llegó a desplegar hasta siete legiones —80.000 hombres— para hacer frente a aquella tribu de in-

surrectos. El propio César Augusto, presionado por el Senado ante la falta de resultados de la turbulenta campaña, tuvo que viajar al territorio de los cántabros para ponerse al frente de las tropas del Imperio.

Aún hoy perduran en la antigua Segisamo, hoy Sasamón, en la vecina provincia de Burgos, vestigios arqueológicos del lugar donde el emperador estableció su campamento.

Corocotta y sus guerreros actuaron como David frente al Goliat romano en su lucha por preservar la identidad del pueblo de Cantabria. Su memoria se proyecta hasta hoy como referente del carácter indómito, indoblegable, astuto y audaz. Su valentía y su fortaleza en la lucha por lo suyo continúan siendo hoy motivo de orgullo e inspiración para quienes en otros tiempos y en otras batallas seguimos peleando por el mismo ideal: la identidad, la independencia y el bienestar de los cántabros.

Sirvan pues estas líneas de reconocimiento y respaldo a la gesta literaria de Santiago Blasco y a su esfuerzo por dar visibilidad y relevancia al gran Corocotta, icono de los mejores valores del pueblo cántabro.

MIGUEL ÁNGEL REVILLA
Presidente de Cantabria



CAPÍTULO I

—¿L OS DIVISAS YA? —PREGUNTÓ EL FORNIDO guerrero que mandaba aquella partida de caballería cántabra apostada entre el camuflaje que les proporcionaba el frondoso pinar que bordeaba aquel precario sendero.

—¡Ya vienen! —avisó el vigía.

—¿Cuántos lo componen? —preguntó el jefe.

—¡Son más que nosotros!

—¡Pero cuántos son!

—Es un destacamento de unos sesenta legionarios.

—¿Todos de a pie?

—Sí.

—¿Qué custodian?

—Seis carromatos.

—¿Puedes ver lo que llevan dentro?

—No. Están cerrados.

—¡Está bien! ¡Baja del árbol, no vaya a ser que te vean!

—¿Los atacamos cuando pasen? —preguntó su lugarteniente.

—Me resulta demasiado fácil —contestó el líder.

—Debe de ser un importante cargamento lo que custodian, pues de lo contrario no llevarían tanta escolta.

—¡O es eso lo que quieren que pensemos! —replicó el jefe.

—¿Por qué no te decides?

—Porque no me fío de tantas facilidades.

—No saben que los esperamos. Ni se imaginan lo que se les viene encima.

—Les hemos ocasionado demasiadas bajas con esta forma nuestra de combatir, pero cada vez se protegen mejor. Sin embargo, ahora parece que nos invitan a que los ataquemos —insistió quien les mandaba.

—Más a nuestro favor para complacerlos.

—No es cuestión de hacer lo que ellos quieran. Prefiero preparar las emboscadas cuando nos convenga a nosotros.

—¡No encontraremos mejor ocasión!

—¡Amigo mío! La impaciencia es el arma que más daño puede hacernos frente al enemigo.

—Entonces, ¿qué propones?

—¡Que los dejemos pasar!

—¿Así de fácil?

—¡Esperaremos a que tengan que vadear el río!

—¿Por qué? Allí no hay sitio alguno donde podamos atacarlos por sorpresa.

—¡Pero sabremos cómo van de cargados esos carros! Se moverán de un lado para otro por las pozas que hay en la orilla y, con un poco de suerte, tendrán que descargarlos para que no se queden clavados en el barro.

—No veo la importancia de saber lo que llevan dentro. Nuestro primer objetivo es matar a cuantos más mejor. Sí, además, recibimos otra cosa, siempre será bienvenida —insistió el lugarteniente.

—¡Es por simple precaución! No quiero arriesgar un solo hombre para luego encontrar en su interior algo con lo que no contábamos.

—¿Qué va a haber dentro? ¡Pues comida y armas!

—¿Y si hay piedras? ¿Te gustaría jugarte la vida a cambio de simples rocas?

—¡Claro que no! ¡Pero seguro que antes de morir me llevo por delante a unos cuantos!

—¡No me convences! Lo que no quiero es perder un solo hombre, pues en el cambio ellos siempre llevan las de ganar, porque son más que nosotros.

—¡Como quieras! ¡Tú mandas!

—¡Pues esperemos a saber qué llevan dentro!

La caballería se movió con rapidez para que no la descubrieran y también para poder dejar con tiempo suficiente algunos guerreros apostados, que se situaron estratégicamente con el objeto de comprobar el comportamiento de los carros cuando vadearan el río. El resto de la partida esperó oculta a recibir esas noticias que tanto interesaban a su jefe. En cuanto el convoy consiguió cruzarlo, justo después de que se alejaran aquellos romanos, los exploradores se dirigieron a toda prisa al lugar de reunión para dar el parte de sus averiguaciones.

—¡Tenías razón! ¡Nos preparaban una desagradable sorpresa! —comunicaron los ojeadores.

—¿Qué habéis visto? —preguntó intrigado el jefe.

—¡Soldados! ¡Los carros llevan en su interior muchos legionarios bien armados y dispuestos a intervenir en cuanto sean atacados! Las ruedas de uno quedaron trabadas en el barro y tuvieron que bajarse para empujarlo, no sin antes de inspeccionar los alrededores por si estábamos vigilando. Estuvieron a punto de descubrirme, pero tuve suerte. Así pude ver lo que transportaban —comunicó uno de los exploradores.

—La corriente del agua recorrió el lienzo que cubría otro de los carros, y aunque se apresuraron a cerrarlo, pude ver que también iba repleto de legionarios —informó un segundo explorador.

—¡Estaba equivocado! ¡Te pido disculpas por mi torpeza! ¡Podían haber muerto muchos de los nuestros por mi impaciencia! —se apresuró el lugarteniente a reconocer su error.

—¡Lo importante es que nos hemos dado cuenta a tiempo! —señaló su jefe.

—¿Nos volvemos a casa hasta que surja otra oportunidad mejor para atacarlos? —preguntó el lugarteniente.

—No. Ahora que conocemos su secreto debemos utilizarlo en nuestro provecho —ordenó tajantemente el líder.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Lo que teníamos pensado. Pero lo ejecutaremos de manera diferente. Para ello, debemos jugar la baza de que crean que no sabemos lo que esconden en el interior de los carros. Antes de que anochezca, cuando estén cansados, nos dejaremos ver en pequeños grupos para que decidan esperar a que se produzca nuestro ataque masivo. No se atreverán a descubrir su estrategia por unos pocos jinetes, porque saben que el resto inmediatamente huiría, y, además, perderían la ventaja de la sorpresa. Por eso, no se descubrirán hasta que no nos acerquemos en masa y estemos a tiro de los hombres que permanecen escondidos en el interior de los carros.

—¿Cómo piensas hacerlos salir?

—No quiero que salgan.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Cuando vean que solo tres de los nuestros se aproximan por cada lado mientras agitan una antorcha encendida que llevarán en cada mano, creerán que hacen señales al resto y pensarán que se trata de una maniobra de reconocimien-

to para calibrar sus fuerzas y el cansancio que acumulan sus piernas.

—En cuanto se acerquen, los abatirán como a conejos.

—No, porque guardarán una distancia prudencial para quedar fuera de su alcance de tiro. Pero al no verse amenazados, es seguro que aguardarán hasta el último instante a que se produzca el ataque definitivo. Por tanto, se limitarán a defender su posición con los legionarios de escolta.

—¿Y cómo piensas vencerlos? —preguntó el lugarteniente.

—Los jinetes darán varias vueltas alrededor, pero no entrarán en combate. Para ellos, resulta muy obvio que, aparte de cobrarnos sus vidas, queremos el contenido de los carromatos. Por eso, no imaginarán que a la segunda vuelta lanzaremos las antorchas contra los seis carromatos. En cuanto comiencen a arder, ese será el mejor momento para que ataquemos en bloque. Su desconcierto y la rapidez de nuestros caballos serán la clave para no dejar que reaccionen a tiempo. Ahí estará nuestra victoria.

El plan se ejecutó exactamente como lo había explicado el jefe cántabro, previa selección de los más rápidos ejemplares para que cumplieran aquella arriesgada parte de la misión. El fuego en los carromatos fue la señal para que los jinetes cántabros se lanzaran en tropel hacia la posición que ocupaba el destacamento enemigo, cuyos efectivos en aquellos momentos intentaban tranquilizar a los animales de tiro para que no se desmandaran y sofocar el fuego con las pocas energías que aún les quedaban, a la vez que ya se escuchaban los primeros gritos de pánico y dolor de quienes estaban camuflados dentro.

En cuanto aquel guerrero de casi dos metros de músculos bien proporcionados, que estaba dotado de una fuerza descomunal, se encontró frente a los soldados del Imperio, se

aplicó con una furia inusitada en destrozarse con su hacha de doble filo los cuerpos de los legionarios que se atrevieron a desafiarlo. No había escudo ni armadura que pudiera soportar aquella contundencia de golpes, ni hombre que aguantara un solo envite de sus brazos. Manejaba aquella pesada arma con la misma habilidad y rapidez que un romano su espada corta, lo que rápidamente provocó entre las filas enemigas un lógico temor a ser alcanzados por uno de aquellos mortales hachazos. Las sacudidas empezaban desde el punto más alto de detrás de su cabeza y acababan con un rápido movimiento de las caderas hacia adelante, lo que imprimía una terrible descarga sobre la víctima elegida. Y ese proceder daba ejemplo y ánimos a sus compañeros de armas, a la vez que acobardaba a esos que ya se veían sucumbir materialmente descuartizados bajo las afiladas hojas. Daba igual dónde golpeará, pues los efectos resultaban devastadores.

Mientras algunos de los que ardían en el interior de los carros intentaban salir, el gigante cántabro aprovechó el momento para ordenar a sus hombres que no permitieran que ninguno quedara con vida. A la vez que segaba los miembros de aquellos que quedaban a su alcance, gritaba con fuerza para que todos lo oyeran.

—¡No hagáis prisioneros! ¡No hagáis prisioneros! ¡Los quiero a todos muertos!

En poco tiempo acabó la desigual batalla, con un resultado muy favorable para los guerreros cántabros.

—¡Viva Corocotta! ¡Viva Corocotta! —gritaron los vencedores en honor de su jefe.

Después de realizar los correspondientes sacrificios a sus dioses en señal de agradecimiento por la victoria conseguida, la siguiente orden pretendía provocar la mayor estupefacción posible entre los invasores.

—Meted los cadáveres en los carrromatos y devolvedlos al lugar de donde proceden. Quiero que esto sirva para que los romanos sepan lo que les espera si se adentran en nuestro territorio —ordenó Corocotta.

—¡Pero se los comerán las alimañas por el camino! ¡Cuando lleguen lo harán como carroña! —indicó uno de los guerreros de la partida.

—¡Mejor, porque todavía podrán reconocerlos! De todos modos, varios de los nuestros guiarán a las bestias durante el tramo que puedan para que no se desvíen del camino.

—¡Viva Corocotta! ¡Viva Corocotta! —Sus hombres no cesaron de vitorearlo.

El revuelo que se organizó en el campamento legionario con la llegada de aquellos cuerpos desmembrados fue indescriptible. Ante los ojos de quienes los recibieron, aparecieron muchas partes blandas picoteadas por los buitres y otras aves carroñeras. En cambio, algunos órganos habían sido materialmente arrancados por animales terrestres. Destripados, con las vísceras desperdigadas y mezcladas junto con las del resto de sus compañeros, aquel macabro cargamento apareció en un estado muy avanzado de putrefacción, lo que causó una terrible impresión, sobre todo para quienes los habían conocido en vida. Pero la firme idea de la conquista de Hispania ya estaba tomada, y la venganza de Roma no se haría esperar.